ACUARELAS.

I

LA MAÑANA.

A M. Larrañaga y Portugal.

Huyó la noche. El horizonte umbrío con cendales de oro se engalana, y curiosa la luz de la mañana se yergue tras el blanco caserío.

Circula en el boscaje hálito frío, arrastrando la voz de la campana, y el cisne nadador de ala liviana roza sus plumas en el haz del río.

El día va á nacer; el Sol colora el cielo con sus vívidos fulgores y las hacinas de rastrojo dora.

Alzan himnos los pájaros cantores, y el rocío-el llanto de la aurorase deslíe en las urnas de las flores. II

LA SIESTA.

Á José M. Bustillos.

El Sol—globo de fuego—suspendido en el alto cenit, lento flamea, y sobre el blando yerbazal sestea el rebaño á la sombra guarecido.

Cerca se oye el monótono rüido del rudo hachero que tenaz golpea, y allá en la selva el cuerno que vocea de algún errante cazador perdido.

Se alza del suelo, cual vapor de horno: en bandadas las aves van ligeras al río, y mojan los sedientos picos;

y por calmar el estival bochorno, cabecean á veces las palmeras, agitando sus verdes abanicos.

> UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON EIBLIOTECA UNIVERZITARIA "ALFONSO ILYES" do 1825 MONTERREY, MEXICO

III

LA TARDE

Á Enrique Fernández Granados.

El Sol se va, se hunde lentamente; Venus asoma en el azul del cielo, y rebujada en vaporoso velo pálida huye la tarde al Occidente.

El tardo buey bajando la pendiente muge cansado de labrar el suelo, y la torcaz con desmayado vuelo gime y solloza de su nido ausente.

Y la noche se acerca grave y muda, surge la Luna y en su lumbre baña el girón de celaje que la escuda.

Regresa el leñador de la montaña y su esposa que al verlo le saluda, lo abraza en el umbral de la cabaña.

IV

LA NOCHE.

A Miguel Bolaños Cacho.

Su cabellera de ébano desata sobre los montes la apacible diosa y en el palio del cielo, temblorosa, prende luceros pálidos de plata.

Yace todo en letargo; se recata al ósculo del céfiro la rosa, y en calma tan solemne y religiosa desgrana su rondel la serenata.

En el limpio cristal de la laguna hay serpenteo rápido y luciente, astro tras astro al reventar el broche.

¡Mirad: parece al asomar la luna, como un nimbo de luz sobre la frente obscura y pensativa de la Noche!

LOS ALACRANES.

A Amado Nervo.

El bigote de mi boca sobre la tuya al besarte, parece alacrán bermejo sobre una rosa de carne.

(Canto popular.)

Es la siesta de oro. Ya el Sur mansamente dormitando yace;
la afanosa araña su nipona seda teje infatigable;
llueve sobre toda la Tierra Caliente lumbre tremulante,
y fingen crisoles hirvientes los ríos
y su guitarrico la cigarra tañe.

Míralos: del fondo negro del terruño que cubren las greñas de los yerbazales, de entre los rastrojos del jacal indiano y de entre las crústulas de los viejos árboles, buscando los rayos del Sol, ya saliendo van los alacranes!

Miralos: ansiosos, tijereteando van entre la yerba sedientos de sangre;

todos los insectos que á su paso encuentran,
vampiros aleves, los tornan cadáveres.
¡Oh los traicioneros, oh los malhechores,
oh los criminales!

Doré á los dragones que grabó en las páginas
del libro de Dante,
no les dió el aspecto que tenéis vosotros,
viles alacranes

¿Qué loco poeta, qué astrónomo iluso
en sus ideales,
entre las miriadas de rubias estrellas
pudo distinguiros bellos y radiantes?
¿Por qué formáis parte de los misteriosos
signos zodiacales?
¡Cómo tiemblas, niña; tal parece al verte,
pálida y cobarde,
que en el seno llevas un grueso puñado
de esos alacranes!

¡Oh criolla, mi criolla de ojos negros, como dos lagos que asombran lúgubres frondajes; la que tiene fina vellazón dorada en la tez suave; la que muestra labios frescos y purpúreos

que destilan néctar de anona fragante... labios como ubérrimas tunas del Otoño cuya carne pican pájaros voraces!

Brindame tus labios—sangrientos claveles—
que al sentir el polen de mi beso amante
con supremo espasmo se estremecen.. dámelos..
Y cuando en la hamaca tranquila descanses,
yo—misero esclavo—con un abanico
de palmas reales,
haré que la nube de moscos se ahuyente
y seré el verdugo de los alacranes!

Entretanto, míralos: con sus ocho patas
de ganchos puntales;
la panza escamosa con su par de peines
de diáfanos ámbares;
el dorso enarcado y hecho con sortijas
pequeñas y gráciles;
vívidos los ojos múltiples; erecta
la cola y vibrante,
y abriendo y cerrando las férreas tenazas
inquisitoriales,
por entre la yerba, tijereteando
van los alacranes!

LA FLOR DEL NOPAL.

A Gregorio Torres Quintero,

A las primeras lloviznas
de la estación otoñal,
cuando en las huertas los frutos
comienzan á madurar;
pláceme ver en los campos:
—rubí, granate, coral—
brindando miel al mosquito
y aromas á la torcaz,
la sencilla, la hechicera,
la roja flor del nopal.

¡Flor de mis recuerdos, muchos, muchos años hace ya! á la sombra de un banano, cabe limpio manantial, dije á Rosa:—Yo te adoro, sin ti no hay felicidad....
Y ella, oprimiendo mi mano con cierto erótico afán, me dió por toda respuesta una flor: la del nopal.

Una mañana de Junio,
mañanita de San Juan,
fué, camino del Mexcala,
Rosa, su cuerpo á bañar.
A solas allí le dije:
—Dame un beso pasional....
Y ella trémula y turbada
posó su boca en mi faz,
y se puso ardiente y roja
como la flor del nopal.

Y más tarde—no lo olvido—
fuí á buscarla á su jacal,
y al sorprenderla, de súbito
cobarde empezó á temblar....
—Vete, me dijo, estoy sola!
Y yo, atrevido y tenaz,
sin hacer caso á sus ruegos
mancillé su castidad,
cual se mancha al deshojarse
la roja flor del nopal.

Y después... ay! murió Rosa, murió la agreste beldad; la núbil criolla suriana para siempre duerme en paz! Hoy mi lira—el guitarrico—
llora mucho al recordar....
Todo pasó.... murió Rosa....
y sobre su tumba está,
símbolo de amor constante,
la roja flor del nopal.

Por eso á la primer lluvia de la estación otoñal, cuando en las huertas los frutos comienzan á madurar; pláceme ver en los campos:
—rubí, granate, coral—brindando miel á la abeja y aromas á la torcaz, la humilde flor de mis sueños, la roja flor del nopal!

